

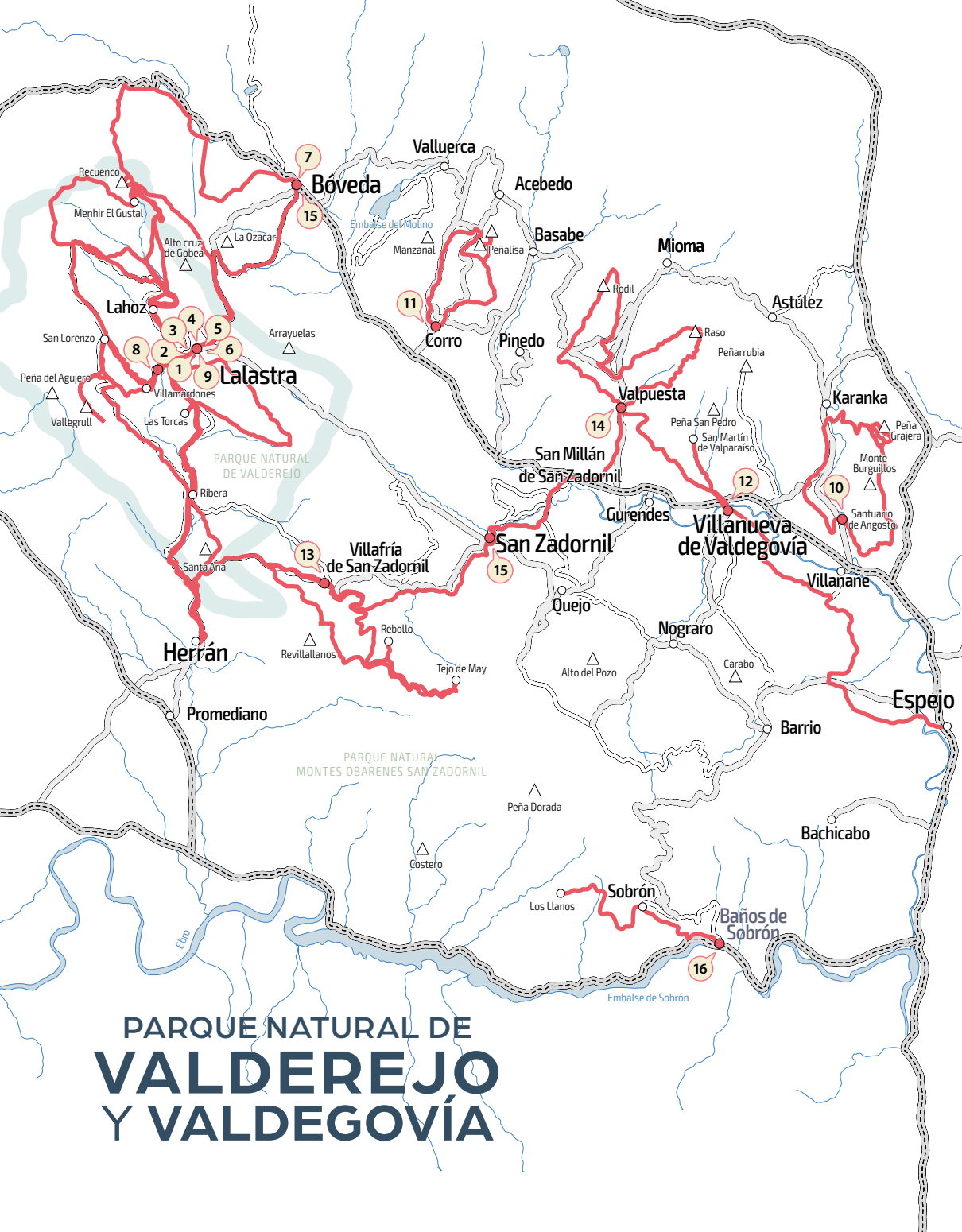


JUAN CARLOS MUÑOZ
MAR RAMÍREZ

PARQUE NATURAL DE
**VALDEREJO
Y VALDEGOVÍA**

EUSKAL HERRIA

sua
EDIZIOAK



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	8
SENDEROS PARA NO PERDERSE	16
DE TUESTA A NOGRARO	18
•PARQUE NATURAL DE VALDEREJO	24
1. Desfiladero del río Purón	26
2. Portillo de Lerón por Coronas	34
3. Portillo de Lerón	42
4. San Lorenzo	47
5. San Lorenzo y El Castrillo	54
6. Vallegrull	60
7. Bóveda al Portillo de La Sierra	66
8. Campas de Portilla	72
9. Santa Ana	77
• VALDEGOVÍA	86
10. Castros de Lastra	88
11. Peñalisa	96
12. San Martín de Valparaíso	102
13. La Metrópoli Verde	108
14. Valpuesta	114
15. Senda del Pastoreo	122
16. Sobrón	134



INTRODUCCIÓN

Caminar es tomar altura, afirma el filósofo francés Frédéric Gros, y a buen seguro que Valderejo es literalmente una forma de cambiar de perspectiva con cada paso que damos al recorrer su territorio. Porque su geomorfología siempre nos invita a ascender. Abierta a modo de anfiteatro rocoso encajado entre las sierras de Bóveda y Árcena, en la comarca de Valles Alave-

ses, destaca inconfundible y abarcable en conjunto gracias a la altiplanicie que la culmina.

Un llamativo conjunto paisajístico donde el principal artifice natural es la red fluvial que dibuja el paso del río Purón definiendo el elevado valle de bonita campiña que protagoniza Valderejo. El Purón con su caudal, ha labrado un magnífico desfiladero para atravesar la sie-

rra de Árcena, y abrirse paso hacia la cuenca del Ebro. Al hacerlo, abre esta garganta de piedra, destacándola como uno de los parajes más extraordinarios del panorama de montaña caliza que caracteriza a Valderejo. Se eleva con una altitud promedio de 1.000 metros, siendo su mayor cima el monte Recuenco con 1.239 metros.

Un precioso bosque mixto acompaña al río Purón.

La predominancia de roca caliza en Valderejo ha hecho que la dinámica kárstica haya dejado su huella paisajística mediante una reconocible erosión. También la concentración de carbonato cálcico que deriva de la disolución de esta roca y su posterior precipitación está en el origen de la abundancia de toba calcárea (una roca caliza muy porosa) en el fondo de valle del Purón y en

su desfiladero. En esos lugares se observan llamativos edificios tobáceos de barrera que crean grandes cascadas tobáceas, en su mayoría ya desconectadas de la circulación actual del río.

El parque natural de Valderejo, declarado espacio protegido en 1992, se localiza en la zona occidental de Araba. Un territorio que se alarga como una península alavesa en tierras de Burgos, entre los valles de Losa y Tobalina. Su área de protección abarca 3.418,5 hectáreas que, desde su extremo meridional, enlazan sus valores naturales con el vecino parque natural de Montes Obarenes-San Zadornil, espacio protegido castellano. Ambos espacios naturales forman parte de la Red Natura 2000, la mayor iniciativa de la Unión Europea para proteger y conservar los espacios naturales más valiosos del continente.

Está enclavado en la vertiente meridional de la cordillera Cantábrica, entre la sierra de Bóveda, que lo separa por el norte del valle burgalés de Losa, y la sierra Arcena. Esta, con su escarpado aspecto montañoso, lo confina desde su área noroeste hacia el sureste, separando el oeste alavés de la provincia de Burgos y la cuenca del Ebro.

Recortada entre cresteríos, roquedos y cortados calizos, la peculiar situación biogeográfica del parque, que aglutina influencias climáticas mediterráneas y atlánticas, causantes de veranos calurosos y secos e inviernos de copiosas precipitaciones, favorece una notable abundancia forestal. Predominan los pinos silvestres, que han ido ampliando superficie en detrimento de los antaño extensos bosques de especies frondosas como hayedos, encinares, quejigares, robledales y carrascales autóctonos. Bosques que, unidos a la abundancia de pastizales de alta montaña (entre 900 y 1.000 metros) o montanos, y brezales motivan que Valderejo albergue hábitats (muchos de ellos de importancia comunitaria) que favorecen la



Zona superior de la meseta que confina el valle de Valderejo.

presencia natural de una buena diversidad en especies de flora y fauna.

La notable colonia de buitre leonado que alberga en sus roquedos hace que esta sea la especie más emblemática del parque natural, y una

de las que habitualmente se observan durante los recorridos senderistas. Otras grandes rapaces que se divisan en el cielo de Valderejo son el alimoche, águila calzada, águila real, culebrera europea, águila-azor perdicera, milanos negro y

real, abejero europeo, azor común, gavián, cernícalo común, halcón peregrino, aguilucho pálido y cenizo, y busardo ratonero.

Retando el vuelo con sus acrobacias se divisan los vencejos real y común, mientras las peque-

ñas aves hacen las delicias con su canto y vuelo fugaz entre los setos naturales de la campiña del valle. En la espesura del bosque maduro, como el hayedo, se escucha el repiqueteo de un exclusivo habitante alado, el picamaderos negro; el pájaro carpintero de mayor talla de Europa.

En las inmediaciones boscosas se pueden divisar corzos, manadas de jabalíes y la huella del sigiloso gato montés. Una buena comunidad de murciélagos, compuesta de 13 especies, y mamíferos como la nutria, el armiño y el visón europeo hacen singular su comunidad faunística. El parque cuenta, a su vez, con ejemplares de especies vulnerables como el lirón gris que comparte su hábitat (robleales y hayedos maduros) con la marta, una especie

considerada de interés especial en esta parte de Euskal Herria.

Los anfibios de Valderejo gozan de una buena comunidad de especies entre las que es fácil distinguir a las ranas bermeja y común, sapos común, corredor, partero y de espuelas, así como al sapillo pintojo y la ranita de San Antón. El vistoso tritón jaspeado y la salamandra común, así como el tritón palmeado y tritón alpino, son fácilmente distinguibles en las proximidades de pequeñas masas de aguas como charcas. Anfibios que, en general, son uno de los bocados favoritos de la culebra de collar, uno de los reptiles del parque.

Asoleándose sobre las rocas, las lagartijas ibérica y roquera se distinguen frente a los lagartos ocelado, verde y verdinegro. En las inmediacio-

nes de zonas encharcadas también puede contemplarse a la culebra viperina y aunque se parece mucho a la víbora (esta también vive en el parque) es inofensiva y tranquila.

Si bien la situación de Valderejo, y en general del occidente del territorio histórico de Araba, hizo que el área quedase alejada de los ejes viales alrededor de los que se produjo el desarrollo socioeconómico desde los años 60 del siglo pasado, la huella humana en Valderejo se remonta a tiempos ancestrales; desde su poblamiento en el Paleolítico Medio como lo atestiguan monumentos megalíticos tan vistosos como el menhir del monte Lerón.

Como componentes del antiguo municipio de Valderejo, los núcleos de Lalastra, Lahoz, Villamardones y Ribera articularon un modo de vida rural vinculado a la actividad agropecuaria y la explotación de los recursos naturales. Hasta que, en la mencionada década desarrollista, la emigración de sus habitantes señaló con el despoblamiento y, finalmente, el abandono de la mayoría de sus pueblos. Lalastra fue el único que sobrevivió. A su dinamismo rural suma su presencia como baluarte de las tradiciones con sus elementos etnográficos integrados en el trazado de la aldea. Los núcleos deshabitados son huella viva del patrimonio cultural porque con sus iglesias y ermitas rurales reflejan la historia de los habitantes del valle, siempre apegada al territorio.

Lalastra también acoge el centro de interpretación de Valderejo o Parketxe, ya que desde los años 80 el turismo de naturaleza ha sido uno de los grandes atractivos del ocio en Valderejo. En sus instalaciones, la información sobre itinerarios para conocer los principales atractivos del valle, posibles actividades en contacto con la naturaleza y los servicios disponibles para el visitante se despliegan ante el recién llegado. Así como una interesante exposición sobre los



Menhir de El Gustal, en el monte Lerón.

elementos más significativos de los valores naturales del espacio protegido; el primer parque natural alavés y uno de los espacios protegidos más destacables de la naturaleza de Euskal Herria por su gran valor ecológico.

Uno de los mayores atractivos de Valderejo es que en sus rutas senderistas combina la riqueza natural con elementos de interés cultural. Son testimonio del paso del ser humano por el valle y el desarrollo que logró gracias a los recursos que este les aportó. Iglesias, fuentes, molinos, abrevaderos, puentes, lavaderos, potros de herrar, juegos de bolos, ermitas que son testigos de la historia y costumbres; a lo que se suma un valioso patrimonio arqueológico que remonta a diferentes épocas de presencia humana y habitación en estas montañas.

No hay excusa y sí muchos elementos atractivos para descubrir el parque natural de Valderejo al paso que marque el ritmo propio. Sus paisajes enriscados y solitarios, la magia de su

Nos salen al paso huellas del uso agropecuario del territorio.



carácter salvaje y, al mismo tiempo, rural, y una biodiversidad que sorprende en cada trayecto y estación del año resultan una invitación irresistible para explorar sus sendas.

Ya sea acompañados del trino de las aves o el murmullo del viento y el abrazo de la niebla, Valderejo es una puerta abierta para conectar con la naturaleza a solas o compartiendo afición por la media montaña entre amigos o en familia; porque Valderejo tiene algo especial para cada cual.

En el año 1967 Valderejo pasó a ser incluido, como junta administrativa, en el término municipal de Valdegovía. Si Valderejo es el nombre

Castaño centenario.



El embalse de Sobrón actúa como un colofón líquido de Valderejo.

del valle formado por el río Purón antes de salir al valle de Tobalina y desembocar en el Ebro, Gaubea o Valdegovía es el valle aledaño por el norte, formado por el curso del río Omecillo, que también desagua en el Ebro, en este caso entre Sobrón y Puentelarrá. Lo curioso es que hasta el centro del valle de Gaubea penetra desde el sur una cuña burgalesa, Valpuesta y San Zadornil, que casi divide el municipio alavés en dos partes inconexas. Este territorio castellano forma parte del ya citado parque natural de San Zadornil y Montes Obarenes.

En el valle de Gaubea encontramos un patrimonio natural, histórico y artístico espectacular. Las sierras de Árcena y Anderejo cierran el valle por el norte y el oeste. Bosques de hayas, pinos, robles y encinas se suceden entre los pastos de altura y los campos de labor de los valles. El castro prehistórico de la Lastra podría ser la vieja Uxama Barca autrigona y prerromana. Iglesias como las de Valpuesta, antigua sede episcopal, Tobillas o Tuesta son testigos del último milenio en este valle. Y aún quedan viejas fortalezas, como el castillo de Astúlez, encaramado a un

enhiesto peñasco, o la torre de los Varona, verdadera joya de la arquitectura defensiva del país.

En este libro hemos incluido rutas por el parque natural de Valderejo, valle de Gaubea y parque natural de San Zadornil y Montes Obarenes. No en vano, estos tres territorios conforman un único espacio natural continuo que se descuelga a ambos lados de los límites entre Euskal Herria y Castilla.

Es hora de respirar hondo y anudar bien los cordones de las botas, Valderejo espera con la serenidad de su naturaleza lista para desvelar sus secretos y conectar con lo esencial.

1 DESFILADERO DEL RÍO PURÓN

Tras la huella foramontana

El río Purón, con sus excepcionales condiciones naturales, es el protagonista de este recorrido. Aunque las miradas estén más ávidas de enfocarse hacia el desfiladero que el propio río talló. Lo hizo muy bello, pero con un fin práctico: salvar la barrera caliza que supone la sierra de Árcena. Tras superar el angosto desfiladero, sale al valle de Tobalina, ya en Burgos, donde confluye con el Ebro, el gran río con el que sus aguas llegarán a tocar el Mediterráneo.

El pasaje de piedra que el río Purón ha creado entre las localidades de Lalastra, en territorio alavés, núcleo neurálgico del parque natural de Valderejo, y Herrán, histórico pueblo del valle de Tobalina, en las vecinas tierras burgalesas, es pasión a primera vista. Atención merecida por el atractivo paisajístico que concentran los anaranjados escarpes de roca caliza y marga que el río ha labrado con la tenacidad erosiva del discurrir fluvial.

Orquídea piramidal



A su paso encajonado por el bosque de galería deja cascadas y frescos rincones llenos de encanto natural. El desfiladero es, a su vez, un lugar de tránsito histórico. La presencia de cavidades en sus paredes denota el ansiado aislamiento que los eremitas medievales buscaban en su abrigo para acercarse a las soledades del lugar y así alcanzar la plenitud espiritual.

Mucho antes, los romanos se habían abierto paso por el desfiladero trazando una calzada que lo atravesaba, para conectar como ramal de la vía 27 de las rutas del Imperio romano. salvaron los obstáculos de la orografía con puentes y, allí donde el río no dejaba paso, tallaron y horadaron las paredes de blanda composición de caliza, marga y toba para acomodar la calzada. Se empeñaron en completarla porque la calzada estratégicamente conectaría la meseta con el norte cantábrico.

Su tránsito no decayó con la caída del Imperio romano, ya que el trasiego por la calzada se extendió hasta el Medievo. Fue la ruta más empleada por los foramontanos, aquellos habitantes del norte peninsular (en este caso, procedentes de las Encartaciones y Cantabria) que en los siglos IX y X repoblaron las vacías tierras castellanas del valle del Ebro, sobre todo Las Merindades, abandonadas durante las contiendas con los musulmanes.

Para recorrer el viejo trazado de la calzada romana hay que situarse en la localidad alavesa de Lalastra, frente al Parketxe del parque natural de Valderejo, donde podemos informarnos de todos los valores naturales y las posibilidades de actividades en el parque. Antes o después de la ruta, el pequeño núcleo de Lalastra bien merece un paseo para conocer los elementos rurales tradicionales como el lavadero, horno, bolera o potro de herrar restaurado. Todos se sitúan en las inmediaciones de la iglesia, con su torre presidida por un histórico reloj.

La senda que desciende desde Lalastra hacia el fondo del valle se acompaña en un primer tramo de sauces y fresnos que se elevan con su porte generoso junto a prados y chopos. Los pinos y encinas estrechan la senda a medida que el camino se encaja junto al río y los paredones anaranjados se elevan imponiendo belleza al sereno paisaje. Habremos recorrido 3,9 kilómetros cuando divisemos Ribera, un pueblo abandonado.

Junto a un escarpe sobre el río, frente a los cantiles anaranjados de la roca calcárea, destaca su iglesia dedicada a San Esteban. Fue construida al final del periodo románico, en el siglo XII. En su interior conserva las pinturas murales de su cabecera, que fueron realizadas en el periodo final del gótico. Se han preservado hasta nuestros días ya que permanecieron ocultas detrás del retablo del siglo XVI.

No se supo de ellas hasta que el pueblo se abandonó. Fue cuando se optó por trasladar el retablo al museo de Bellas Artes de Gasteiz [Victoria], a finales del siglo pasado. Aparecieron entonces las ignoradas pinturas murales, a las que en la actualidad un pasaje enrejado dentro del desmejorado templo impide aproximarse para evitar que puedan ser dañadas.

Desde la reja se divisan las pinturas donde están representados Adán y Eva, junto al fruto

GUÍA PRÁCTICA



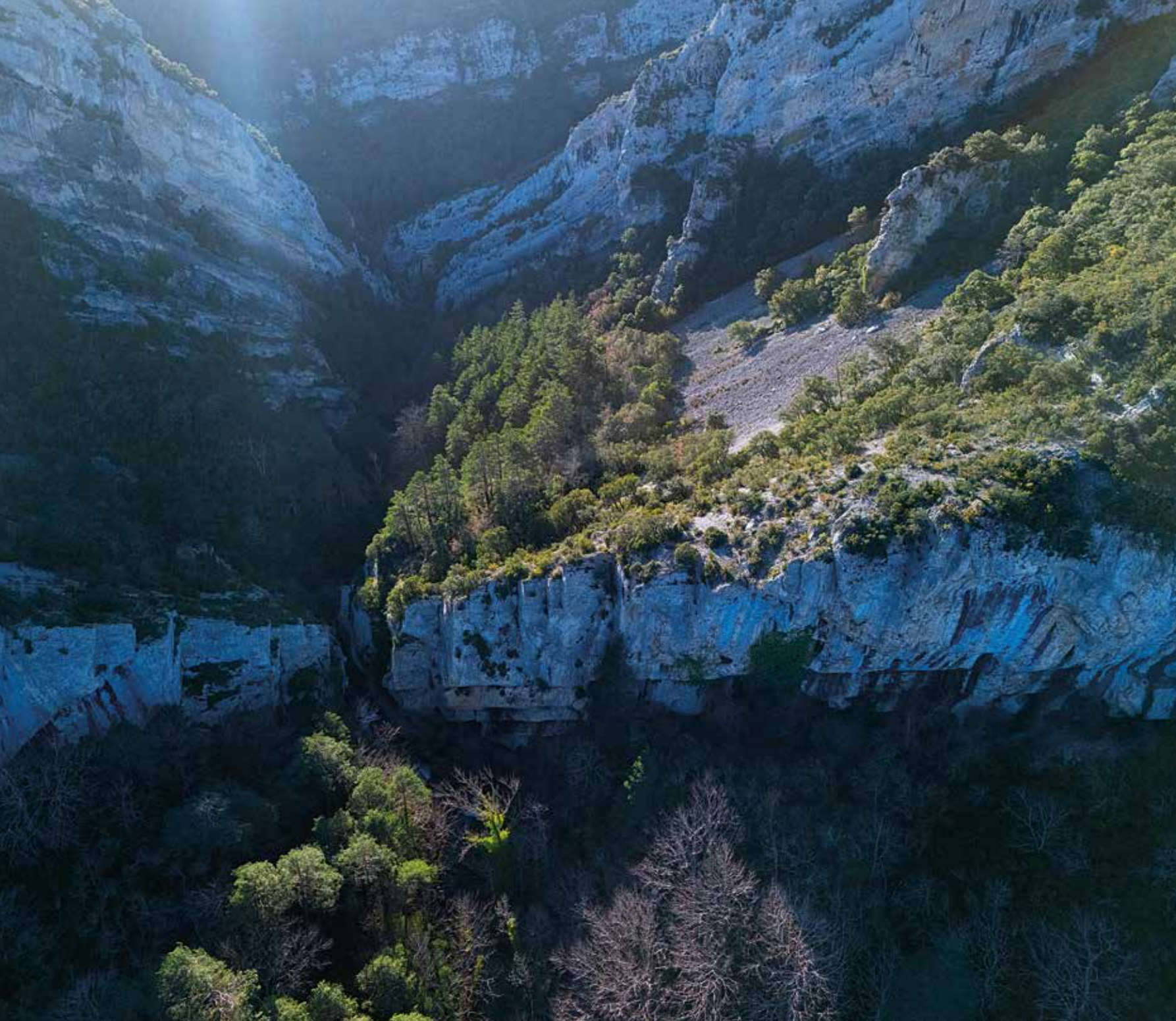
PUNTO DE PARTIDA Y LLEGADA: partimos de Lalastra, en Araba, y llegamos a Herrán, en el valle de Tobalina, Burgos, desde donde regresamos al punto de partida por la misma ruta.

CÓMO LLEGAR: por la AP-68 desde Bilbao hasta la salida 6 para incorporarse a A-2622 en dirección a Pobes. Desde Gasteiz por la N-622 ha de tomarse la desviación hacia la misma localidad. A continuación, por A-3314 y A-3318 en dirección a Subilla [Subijana] y Karkamu. Seguimos por A-2625 y A-2622 hasta alcanzar la carretera BU-555 que comunica con San Zadornil. Finalmente, será la A-4338 la que nos conduzca hasta Lalastra y los aparcamientos situados a la entrada del pueblo.

DIFICULTAD: media

DISTANCIA: 15,4 km (ida y vuelta)

TIEMPO: 5 h



prohibido y al ángel que los expulsa del paraíso, los Apóstoles, San Esteban, San Lorenzo y San Miguel y hasta una representación de la luna y del protector San Cristóbal.

Mientras que los restos de las viviendas del pueblo se confunden con la vegetación, la iglesia con su espadaña de dos pisos y su cubierta restaurada sobresale del paisaje por hallarse situada en un altozano. Emanan de ella una activa sensación de dominio frente al desfiladero del Purón en medio del paisaje silenciado.

En el muro sur del templo se halla la puerta, destacada por tres arcos apuntados y apoyados en columnas con capiteles esculpidos con diversos motivos como guerreros en lucha, la cabeza de una fiera, un rostro humano mostrando los dientes y hasta un centauro con su flecha.

Al salir del templo, el silencio envuelve los restos del pueblo que llegó a ser uno de los principales núcleos rurales de la zona a principios del siglo XX. Llegó a contar con 31 viviendas que acogieron hasta un centenar de habitantes.

Ante nuestros ojos se despliega toda la belleza del río Purón a través de un hermoso y solitario valle, como el que debieron frecuentar los primeros pastores neolíticos que aprovecharon este territorio.

Al fondo, el río parece enfrentarse al roquedo de los paredones calizos hacia el que continuamos flanqueados por los montes de Santa Ana (1.039 m) y Vallegroll (1.226 m). Dejamos el primero a la izquierda y el segundo monte a nuestra espalda. Cuando alcanzamos los farallones, una hendidura en la roca nos hace enfrentarnos al pasaje más agreste del desfiladero, ya que la senda se ha abierto paso tallada en la misma roca de los paredones calizos.

Entre quejigos, encinas, pinos, robles, hayas, tejos, arces, tilos, acebos y arbustos de boj se es-

Desde Ribera el río Purón se encajona en el roquedo.

cuchan los altos de agua y se remansan tranquilas pozas. Son el precio que el río ha tenido que pagar por atravesar el pasaje y salvar sus desniveles calcáreos.

Sauces, fresnos, alisos y olmos orlan la senda a medida que el río se encajona. Entre ellos no será difícil ver alguna huella de los mamíferos que habitan el parque natural, como las del gato montés y la garduña en el barro húmedo; mientras alimoches y buitres leonados sobrevuelan

nuestras cabezas. Con fortuna, tal vez avistemos un águila real o la inconfundible silueta del halcón abejero. Es más sencillo escuchar el repicar del pico picapinos resonar en el cañón.

El agua fría y cristalina sigue corriendo en lo profundo del tajo de piedra y en las zonas más húmedas de la roca podemos observar bonitos mosaicos de helechos como el culantrillo y divisar al alegre mirlo acuático mientras revolotea de piedra en piedra en el curso del río.

□ HERRÁN

Al llegar a este bonito núcleo apiñado bajo su iglesia de origen románico de Santa Águeda es imposible no deambular entre sus casas solariegas de madera y mampostería orientadas alrededor de una calle principal, entre las que se encuentran notables ejemplos como la casa-torre de Herrán, hoy convertida en alojamiento rural. La iglesia, profundamente modificada su arquitectura en los siglos XVI y XVII, conserva en su interior un originario capitel románico, una estela medieval y valiosos retablos.

Se cree que es la localidad más antigua del valle de Tobalina y su existencia está ligada a la fundación del monasterio de San Martín en el año 852. En la zona se han descubierto evidencias de que ha sido habitada desde la Edad del Hierro. No obstante, su prosperidad la obtuvo durante el Medioevo por su ubicación junto al paso de la calzada que atravesaba el desfiladero y hacía posible la comunicación con los puertos de la

orilla cantábrica. Pujanza que perdió con las nuevas vías de comunicación como el puerto de Urduña.

Del patrimonio etnográfico del pueblo se conserva el molino del Foro, junto a un meandro del Purón, en cuyo interior aún guarda dos de sus piedras para la molienda. Al sur se mantiene el molino del Concejo, un ingenio comunal que se alimentaba de la fuerza hidráulica de un afluente del Purón. Mantiene sus dos piedras y dos rodeznos o ruedas horizontales que atestiguan la antigüedad del molino.

El descanso y agradable paseo por Herrán nos darán impulso para emprender el camino de vuelta por el mismo sendero traído, pero ahora superando con nuestras piernas el desnivel del desfiladero, aunque los escalones de madera nos ayuden enormemente a retomar el paseo placentero por un paisaje que al río Purón le ha llevado milenios tallar en la roca.



Pinturas murales de la iglesia de Ribera.

El pecho rojo del camachuelo, rematado por una boina negra, hará fácil la observación de esta ave que se desenvuelve entre los arbustos mientras entre los árboles sorprenderemos el paso del arrendajo con sus alas que, en vuelo, aparecen ralladas de azul y negro. A medida que la tarde avance no será difícil escuchar al autillo, una pequeña rapaz que se activa con el crepúsculo, aunque resulte algo más complicado verla.

Cuando llegamos a una zona de numerosas cascadas divisamos en la orilla contraria a la de la senda varios cenobios utilizados durante el Medioevo. Estamos ya próximos a descender a la zona más abierta de prados encharcados y chopos antes de alcanzar un puente medieval con

un amplio arco de medio punto. Acabamos de abandonar el parque natural de Valderejo para entrar en tierras burgalesas.

Un pequeño desvío por una estrecha y empinada senda en la ladera conduce a la ermita de San Felices y San Roque. Son las ruinas de uno de los cenobios más antiguos de la provincia de Burgos, ya que data de la Alta Edad Media. Es un atractivo paraje con sus restos empotrados en la roca asomados en pleno desfiladero.

De regreso junto al río dejamos atrás el área recreativa para seguir con la senda entre las peñas y el río como guía inseparable. Un nuevo descenso lleva hasta otra zona recreativa ya en las inmediaciones del pueblo de Herrán.

□ AZOR

Sigiloso y enigmático, el azor, señor del bosque, es una de las rapaces de Valderejo que más fácilmente pasa desapercibida. Lo hace gracias a su compacta silueta de tono gris pizarra, de vientre blanquecino y rematada con alas anchas y redondeadas y con una larga cola. Si lo descubrimos nos sorprenderá su agilidad para desenvolverse entre los árboles y sus grandes ojos amarillos, de los que se vale para distinguir cualquier mínimo movimiento entre la vegetación que le den un indicio de una posible presa: las aves de tamaño mediano, pequeños mamíferos, reptiles e incluso insectos.

Con su vuelo rasante sorprende a sus presas sin tiempo para reaccionar, mientras se desenvuelve con un vuelo acrobático entre robles, hayas, pinos y encinas de zonas de difícil acceso y en buen estado natural. Notaremos su presencia por el silencio repentino que las pequeñas aves del bosque adoptan cuando sienten su presencia cercana.

